

Clara Estival



Diez días
de
sabor



Portadilla

Diez días de sabor

Clara Estival

Créditos

1ª edición: junio 2021

© Clara Estival, 2021
www.claraestival.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

1. [El restaurante](#)
2. [Dos manos más](#)
3. [Día 1: medias verdades](#)
4. [Hasta la cocina](#)
5. [Día 2: el contrato](#)
6. [Del día 2 al 3: la revancha](#)
7. [Día 4: algodón de azúcar](#)
8. [Día 5: la crisis del pixín](#)
9. [Día 6: en el momento equivocado](#)
10. [Día 7: el jardín de menta](#)
11. [Día 9: ser valiente](#)
12. [Día 10: Asturias, patria querida](#)

13. [Extra: Lasaña dos abuelas](#)

[Próximamente](#)



1

El restaurante

—Ese hombre es un desalmado, Paula. ¡Si diez días no dan para nada!
Valentina tenía razón, era un plazo cortísimo. Solo diez días hasta el 1 de julio en que, o pagaba el alquiler, o el dueño del local me cerraba el restaurante y me echaba directamente a la calle.

—Ay, este sitio está muy lindo, *mija* —me dijo Maya, con todo su acento cubano—. La cosa no puede quedarse así... ¿Quién nos va a hacer ahora las empanadas?

Miré a mi alrededor y era verdad que el *Amigos del Naranco* estaba precioso incluso teniendo en cuenta los tres meses que llevaba cerrado. El pequeño restaurante de mi familia era luminoso y abierto, pintado en blancos y verdes llenos de alegría, y en verano poníamos hasta una terracita.

Tenía unas diez mesas normalmente, pero podíamos meter hasta quince con la terraza y a veces también había gente comiendo en la barra.

Conocíamos muy bien a nuestros clientes, sus preocupaciones y sus vidas, porque el nuestro era el único asturiano en mitad de Houston, en pleno Texas, y casi todos eran españoles desplazados que echaban de menos su casa. Así que éramos amigos, casi como familia. Y en aquellos tres meses nuestro lugar especial, ese pequeño trocito de casa en un país extranjero... simplemente había desaparecido.

Hasta entonces el dueño del local había tenido paciencia, por lo de mi padre, porque eran amigos pero... después de tres meses ya se le había acabado toda. Me tocaba reabrir el negocio o bien cerrarlo definitivamente.

Así que ahora estábamos las tres allí sentadas, Valentina, Maya y yo, en mitad del restaurante por el que mi padre tanto había luchado, durante más de diez años, y que yo estaba a punto de perder en diez días.

—*Mija*, no pongas esa cara —dijo Maya—. Te sacaste la rifa del guanajo, ok, pero ya... dale... hay que ponerse a trabajar. No vas a dejar que esto te pase por arriba, ¿no? ¡Quién va a hacer los frisuelos, si no!

—¡Pues no lo sé! ¡Pero a mí no me mires! ¡Es verdad que ahora soy la dueña, pero yo no he cocinado en mi vida! El que sabía cocinar era papá...

—Buscaremos a alguien —dijo Valentina—. No te agobies que esto es un problema y los problemas tienen solución matemática. Entraremos en los portales de empleo, haremos entrevistas... esas cosas.

—¡Esto no es una fórmula, Val! ¿Quién va a saber de cocina asturiana aquí, en Houston? Además, no me vale con lo que ponga en un papel. Tengo que ver cómo cocina y poder probar las cosas.

—Muchacha, si nos quitan el *Naranco* tenemos que volver a la cantina junto al Johnson y eso sí que no —dijo Maya—. Mi madreeee, todos los días comiendo esos fritos...

—Y ese pollo chicloso.

—¡Ay, mi madre!

—Y ese tomate de lata.

—¡No sigas, niña! ¡Tú quieres que se me dé la vuelta el estómago!

—Tan malo no será... —dije.

—¿Has visto la comida de los astronautas en los vídeos de Youtube? Las salsas saliendo de los tubitos y las fresas secas ¡y ese helado sólido que parece una piedra pómez de limarse los callos! Bueno, pues eso es comida gourmet comparado con lo que hay en esa cantina.

Sonreí. Valentina llevaba mucho tiempo preparándose para ser astronauta. Estaba segura de que la iban a llamar de un momento a otro. Maya trabajaba en la agencia de noticias y me había dicho, en secreto, que tenía muchas papeletas de salir durante el próximo mes. ¡Me iba a reír mucho cuando la viera en la Estación Espacial, comiéndose su helado sólido!

—En serio, tenemos que salvar tu restaurante. ¿Dónde vamos a ver Eurovisión? ¿Y el pactómetro de las elecciones? Y... ¡y la Feria de abril y el Carnaval de Tenerife!

—Pero si nunca hemos visto ninguna de esas cosas, Val...

—Bueno, pues ahora habrá que verlas. El restaurante se queda. No hay más que hablar.

—Hablaré con Julio —dijo Maya. Era su novio cubano, que estaba en una escuela de cocina—. Y le pediré que busque a alguien. ¡Esto se va arreglar sí o sí!

—¿Tú crees que en diez días vamos a encontrar cocinero?

—No te preocupes, Paula —dijo Valentina—. Que el *Amigos del Naranco* se va salvar. Vamos a ir a por todas.

Valentina y yo asentimos, decididas, pero Maya parecía no tenerlas todas consigo.

—¿Y seguro que esto es lo que quieres, *mija*? Porque llevar un *restaurán* no es nada fácil y a tu papá le llevaba la vida entera esto de los fogones... ¿Qué pasa con tus estudios?

—En cuanto tenga a alguien.

Yo estaba terminando estudios de empresa, contabilidad y gestión. Los necesitaba para el restaurante, claro, pero también podía emprender otros caminos. Ahora lo más urgente era atender el día a día. Hacer lo necesario para salvar el restaurante. Es lo único que sé.

Cruzo los dedos.

A ver a quién me envía Julio.

Sea quien sea tendrá que ponerse ya.



2

Dos manos más

Al día siguiente me esforcé por dejar el restaurante impecable. Después de tres meses cerrado había que ponerlo a punto. Me recogí el pelo en una coleta y me puse un pañuelo en el pelo, una bandana, como en las películas.

Saqué una tonelada de polvo a base de escoba y plumero y refregué bien todas las esquinas y las mamparas. Necesitaba que los candidatos se sintieran cómodos y pudieran cocinar tranquilos. Ahora faltaba el hueco que había dejado mi padre, el alma de la cocina, la parte más importante y sin la que nada podía funcionar. Le había dado un infarto cerebral que le había dejado hecho polvo y llevábamos tres meses horribles de hospitales. Al final se había tenido que volver a España, con mi madre. Suerte que yo seguía en Houston y podía encargarme de todo. Quizás hasta se recuperase y, algún día, pudiera volver.

Yo le había echado una mano hasta ahora, pero solo de pensar en que en diez días iba a tener que cerrar...

La verdad es que el local estaba precioso. Repasé con el trapo cada parte: las barricas gemelas de la sidra en la pared, altas y planas. Las había traído mi padre directamente de Asturias, en avión, y las habíamos pintado de blanco decapado y adornado con flores. Las sillas también eran artesanales, de “madera buena”, hechas en Oviedo...

Barriendo y fregando se me habían hecho ya las once de la mañana, se me estaba revolviendo el estómago del hambre y no había aparecido nadie. ¡Si me había dicho Julio que hasta cinco compañeras de su escuela se habían apuntado! Pensaba que sería una buena oportunidad de encontrar trabajo incluso antes de acabar los estudios... pero ni una sola entrevista.

Yo seguía sentada con el libro de recetas sobre las piernas, mirando hacia la puerta, entreteniéndome con el brillo de las encimeras, las mesas y el aluminio de los hornos después de frotarlos yo misma de arriba abajo. ¡Hasta había puesto flores en los jarroncitos de las mesas para dar buena impresión!

Tenía hambre, vaya que sí, a mí la gusa me entra justo a las once de la mañana. A primera hora tengo el estómago cerrado, no me cabe nada recién levantada, pero luego voy haciendo el hambre y a las once lo que me apetece ya es un pincho o una barrita de pan tumaca. Pero

acababa de reabrir el local y no tenía en el restaurante ni para hacer un bocadillo. No sabéis lo extraño de esperar en un sitio que sirve comidas y que no haya nada que echarse a la boca.

Pasó otra hora de reloj y se hicieron las doce en mi móvil. Ya estaba bien. Llevaba una hora perdida y me fui a echar la persiana. Estaba claro que, por una cosa o por otra, nadie iba a aparecer. Al fin y al cabo eran todavía estudiantes, lo más seguro es que no pudieran compaginarlo. Además, ninguna de las amigas de Julio sería española y tendrían miedo de meter la pata. Tampoco esperaba demasiada seriedad por parte de unas chavalas, pero... ¡por lo menos podrían haberme avisado por teléfono!

Yo ya sabía que no iba a ser fácil encontrar a mi cocinera o cocinero español. ¿Dónde? ¿Cómo? ¿Y en diez días?

Se me hizo un nudo en la garganta y noté cómo me subía esa ola de tensión que nos recorre todo el cuerpo y lo pone rígido. De cero a cien. De repente tenía la ansiedad por las nubes y la cabeza en blanco. Qué puñeta que justo cuando más necesitamos pensar suframos esos subidones que nos dejan paralizadas. Se supone que es porque tenemos que centrarnos en la supervivencia. En correr para salvar la vida, que no nos coma el león y esas cosas... “No hay león”, me repetía. “No hay león”. ¡Pues claro que no hay leones en Houston! ¡Y parece que tampoco hay cocineros!

Estaba pensando en todo aquello de las fieras, la jungla, la muerte entre fauces y esas cosas cuando de repente se enganchó el motor de la persiana y dejó de bajar. Empezó a hacer un ruido como de ronroneo muy molesto. Como de quiero y no puedo.

Me asusté porque no me lo esperaba. Tenía la cabeza en otra cosa. ¿Qué narices estaba pasando? Todos mis sentidos estaban alerta, pero no entendía...

Sujeté la persiana por la parte de abajo con las dos manos y pegué un tirón fuerte para desatascarla y dejar que el motor siguiera. Entonces se descolgó y el peso del aluminio se descargó en mis manos. El golpe me tiró al suelo, yo creo que me hubiera aplastado de no ser porque alguien me apartó de un empujón un momento antes de que se desplomara de un golpe. Sonó como un camión.

El que me había apartado era un chico. Bueno, un chico no. La verdad es que era un hombre. Joven, pero con hechuras de hombre.

Cuando se me pasó el susto noté el dolor agudo en la muñeca derecha. Me la había dislocado y me dolía horrores. Había organizado aquella entrevista para contar con dos manos más y ahora resulta que tenía una menos.

El tipo supo leerme en la cara que estaba viendo las estrellas. Le miré a los ojos a través de mis lágrimas, que estaban casi a reborar. No me salían las palabras, así que me habló él.

—Vamos al hospital. ¿No?

Tenía un acento perfectamente español.



3

Medias verdades

Mientras íbamos en su coche yo me sujetaba la muñeca con la otra mano —sin que sirviera de nada porque me dolía igual— y me preguntaba si me iba a decir quién era, si pasaba por allí, si le enviaba Julio... Seguro que le enviaba Julio, ¿qué pintaba allí si no? Y, en ese caso, ¿por qué había llegado una hora tarde?

Todas estas preguntas se agolpaban en mi cabeza sin respuesta porque la verdad es que me había subido, literalmente, en el coche de un desconocido que acababa de encontrarme.

—Tú eres Paula, ¿verdad? La dueña del restaurante...

—¿Cómo lo sabes?

—Porque estabas bajando la persiana.

El dolor no me dejaba pensar. Solo iba a decir tonterías. ¡Mis pobres huesecillos triturados!

—Vale. Es verdad. No he dicho nada. ¡Maldita mole de metal! ¡Podría haberme matado!

—Bueno, tanto como eso...

—¡Pesaba una tonelada!

—¿Por qué estabas cerrando? Casi no llego...

—¿Y tú por qué has llegado una hora tarde? ¡Estaba harta de esperar!

—Oye, no hace falta que me grites. Que estoy aquí mismo...

Me dolía mucho, una barbaridad. Solo tenía ganas de gritar.

—¡Es que me parece fatal! ¡Una hora entera! ¿Te crees que está una para perder el tiempo?

Si viene por el trabajo, va listo. ¿Quién llega una hora tarde el día de una prueba? Si ya empezamos así, ¿cómo vamos a acabar?

—Julio me dijo que viniera a las doce. Que antes irían otras chicas.

Vaya. Aquello no lo había pensado. Y tenía todo el sentido, la verdad. Si era así y Julio había puesto las entrevistas una detrás de otra... ¡Entonces las que habían faltado eran todas las chicas anteriores!

Él iba conduciendo mientras me hablaba, pero yo podía mirarle sin que él me mirara a

mí. Sin tener que disimular.

Tenía un perfil atractivo, los ojos negros y el pelo castaño. Me gustaba poder mirarle así, tener una excusa. Sin cruzar la mirada con él. Su coche olía a tapicería nueva y a limones.

Quise pedirle perdón en aquel mismo momento, pero justo entonces llegamos al aparcamiento del hospital. No había nadie en la sala de espera —a lo mejor por ser viernes— y me pasaron directamente a la consulta.

—Tienes suerte. Parece que no te has roto nada y no te va a hacer falta escayola.

A mí me dolía como si se me hubiera roto hasta el carnet de identidad.

—Vamos a vendártelo. Lo tendrás en cabestrillo un par de días...

—Mire, es que no me viene muy bien ahora mismo. Tengo que encargarme de un restaurante. Y necesito estar a tope. ¿No podría ponérmelo pasados diez días? ¿Más o menos?

La mujer me miró con una sonrisa maternal y empezó a hacer su trabajo sin hacerme ni caso, claro.

Cuando salí de la consulta el candidato seguía allí.

Había estado esperando en la sala todo aquel tiempo, toqueteando el móvil. Seguramente no había hecho otra cosa durante la última hora.

—¿Necesitas que te lleve? —me señaló el cabestrillo con la cabeza.

Yo me sentía fatal. Ni siquiera le había pedido perdón por la bronca del coche. Tendría que habérsela echado a las chicas que no se presentaron, pero claro, ellas no estaban. Él sí se había presentado a su hora. Y se había comido la bronca con patatas.

—No te preocupes. Llamaré a una de mis amigas para que me recoja.

Sabía que Valentina estaría en el Johnson, buceando en la piscina, haciendo experimentos, entrenándose en las máquinas del gimnasio o estudiando como una friqui. Y Maya estaría en alguna rueda de prensa, con el móvil apagado, hablando sin parar ni un minuto, y no habría manera de localizarla. Pero yo no me sentía capaz de pedirle a aquel tipo nada más. Aún no sabía ni cómo se llamaba.

—Vale, pues hasta luego.

Se marchó al aparcamiento y yo me quedé allí, más planchada que unas gambas.

De repente tenía vendada la mano derecha y me sentía una inútil. También estaba hundida por haber gritado a quien me había salvado el pellejo y traído al hospital, no tenía cómo volver a mi casa y, lo más importante... acababa de salir por la puerta el único cocinero español que probablemente había en todo Houston. ¿A quién iba a meter en el restaurante?

Por dentro seguía rabiando de dolor, pero por lo menos ahora tenía la cabeza despejada. Aquel podía ser mi próximo socio. No iba a dejar que se me escapara así como así.

Fui detrás de él y golpeé el cristal de la ventana del conductor, justo cuando arrancaba su coche americano, un trasto gris y rectangular con pinta de segunda mano.

Bajó la ventanilla hasta la mitad.

—Oye, me he portado fatal contigo. Estaba... estoy todavía... Es que antes...

—Te duele la mano.

—Es un infierno. Pero de todas formas. No tendría que haberte gritado y todo eso. Tú no tienes la culpa de que yo estuviera allí una hora entera. ¡Y de que Julio no me avisara!

El tipo sujetó con fuerza el volante y tomó aire, considerando las posibilidades.

—Quieres que lo dejemos en un malentendido. ¿Es eso?

—Algo así. Si puede ser...

Puse mis manos como si suplicara, pero como la derecha estaba en cabestrillo quedaba

retorcida como la de una momia.

Él se partía de la risa. ¡Y ni siquiera disimulaba!

—¿Podrías llevarme, por favor? —intenté ser más cordial—. Prometo no gritarte...

—Es que me da miedo llegar tarde, ¿sabes? Viendo cómo te las gastas y las prisas que llevas con todo... me veo saltándome los semáforos y dejándome el pie en el acelerador.

—Bueno, tú no llegaste tarde. Tu hora era a las doce. En eso quedaste con Julio. Eres una persona puntual.

—Bueno, en realidad...

Noté cómo mi cara perdía todo su color.

—Es posible que sí me retrasara...

No podía creérmelo.

La jeta de aquel tipo se hacía gigantesca por momentos.

—Un poco...

Para entonces ya estaba más blanca que un mantel.

—Pero, ¿qué estás diciendo? ¿Llegaste tarde?

—La verdad es que sí. Un poquito...

—¿Qué? ¡Y yo aquí sintiéndome la peor persona del mundo! ¡Como una miserable!

Le hubiera pegado de no ser porque todavía estaba de pie, en la calle, en mitad del aparcamiento. Aún no me había dejado ni entrar en su coche. Sería un caradura, pero no era tonto. Se estaba protegiendo tras el cristal.

—Solo fue media hora —dijo, poniendo cara de no romper ni un plato y levantando las manos como para protegerse—. Pero, ¡cualquiera te lo dice! ¡Cómo te has puesto por treinta minutos de nada!

—Pero, ¿tú te crees que está una para perder el tiempo?

—Ya es la segunda vez que me dices eso...

—¿Vas a dejarme subir o qué?

—Solo si prometes no gritarme.

Intenté cruzarme de brazos, muy digna, pero me enganchaba todo el rato con el cabestrillo. Era absurdo intentarlo. Él se estaba aguantando la risa. Otra vez.

—¿Ni siquiera si te lo mereces?

No entendía yo por qué entraba a sus provocaciones, pero no podía evitarlo. Me salía el humo por las orejas. Alguien tenía que poner en su sitio a aquel farsante, amigo de las medias verdades... ¡Y de la impuntualidad!

—Es que tengo los oídos muy sensibles...

—Venga, déjame subir.

Se arriesgó y me abrió la puerta.

—¿Dónde te llevo?

—Voy directamente a mi apartamento. Y tú vas a subir también.

Me miró, subiendo las cejas. Como diciendo “qué tía más lanzada”.

—La persiana está bloqueando el restaurante —le aclaré— y tengo que llamar a un técnico. Así que harás las pruebas en mi cocina.



4

Hasta la cocina

Pues sí, allí estaba él. Desconocido y metido “hasta la cocina”, como suele decirse.

—Me llamo Diego.

Bueno, tan desconocido no, que ya me había dicho su nombre. Moviéndose de un sitio a otro y vaciando el contenido de mis cajones, mis armarios y mi nevera, como si hubiera vivido allí toda su vida. Con el delantal puesto mientras yo le observaba muy recta desde la silla alta del *office*, de esas plegables que se usan para llegar a la barra del desayuno. Libreta y bolígrafo en mano. Examen de primeras.

Podría acostumbrarme a esto. Ya lo creo que sí.

Tengo un apartamento pequeñito y mi cocina es abierta al salón y tiene bastante luz. Pero no había previsto aquella prueba y no tenía ingredientes para cocinar nada español y mucho menos asturiano.

—¿Qué es lo que vas a hacer?

—Pues con esto que tienes... Había pensado... ¿una lasaña?

Se me quedó una cara como de no poder crérmelo. ¿Tanta escuela de cocina para acabar haciendo ese plato? Para mí la lasaña era... yo qué sé... el plato favorito del gato Garfield. Desde luego, no era lo que me esperaba. Podría haber dicho filete empanado o huevos con salchichas y me hubiera dejado igual.

Aunque bien mirado, como primera prueba improvisada y con lo que tenía por casa podía estar bien. Siendo viernes y encima final de mes no tenía gran cosa y había pillado al tipo a traición.

En fin. Lo importante es que estuviera bueno (el plato, me refiero).

Si lo piensas la lasaña puede llevar cantidad de ingredientes secretos que te pueden llevar al séptimo cielo. No hay que tener prejuicios. Seguro que iba a estar para chuparse los dedos.

Me puse muy seria, levanté el bolígrafo por encima del bloc y me dispuse a no perder detalle.

—Vale. Lasaña, pues.

Crucé las piernas con tanta fuerza que la silla plegable se ladeó y me tiró al suelo.

—¡Madre mía! ¿Estás bien?

—No pasa nada. De verdad. Esto ha sido... cosas del directo.

Me levanté como pude, me estiré la ropa, levanté la silla, volví a sentarme con la coleta torcida y empuñé mi boli.

—Ya puedes empezar.

—¿Seguro que estás bien?

—Perfectamente.

—Si no fueras con tantas prisas a todo, a lo mejor...

—No soy una torpe.

—No, si no se trata de eso. Que vas a muerte todo el rato. Es normal que te pasen... cosas.

—Si no, no me da tiempo a todo. No sale lo que tiene que salir. Venga, empieza ya.

—Bueno, pero lo haré a mi ritmo. Sin prisas. ¡Es que si no, no va a saber bien!

—Mmm...

Me preocupaba aquella actitud. Propia del estudiante, que todavía está en la escuela de cocina y no se enfrenta a la pesadilla de un restaurante de verdad. Yo llevaba mucho tiempo acompañando a mi padre, sabía que había que tener un buen ritmo, darse brío. Una vez los clientes han pedido no les gusta esperar.

Él me vio el gesto.

—Al menos por esta vez, ¿de acuerdo?

Estaba claro que quería lucirse. Disfrutarlo un poco.

—Vale. Vamos a hacerlo así.

Puso en fila los huevos con la harina, aceite y sal para hacer la masa de las láminas. Me dio la impresión de que trataba los ingredientes con cuidado, con mimo, quizás, como con complicidad.

Vamos, hombre, cuando yo tengo que cocinar lo pongo todo de cualquier manera, en los huecos que me quedan por la encimera. No tengo tiempo para mirar a los huevos y decirles poesías.

Pero él tenía otra actitud, no sabría como definirla. Como más armónica con todo lo que había allí. Como si conociera ese entorno de toda la vida. Sin pausa... pero tampoco sin prisa. Se notaba que estaba en su elemento.

—¿Tienes una báscula?

—Sí. En el baño.

—No, mujer. Una báscula de cocina.

—Pues no. ¿Para qué iba a querer algo así? La uso para pesarme yo.

—¿Y cuánto pesas?

—Y yo qué sé. No tiene pilas desde 2009...

Se echó a reír.

—Vale pues tráetela. Y ponle pilas.

—¿Y de dónde las saco?

—¿Son doble A o triple A?

—Las finas.

—Del mando de la tele.

—¿En serio?

—¿Dónde más las vas a encontrar?

Traje la báscula, que no se había movido del baño en mucho tiempo, a pesar de estar siempre apagada. Se la puse tal cual encima de la encimera. Subió los boles y se puso a mezclar.

Pronto la pasta tomó consistencia. Le dio varias vueltas hasta hacer una bola de color amarillento.

Entonces se puso a amasar. Hundía sus manos masculinas en la mezcla, se le quedaba el blanco de la harina pegado al vello del antebrazo como si fuera una tiza. En un momento se apartó el pelo de la cara y se le quedó un rastro blanco en la mejilla.

Me miró un momento de reojo.

—¿Vas a estar ahí callada todo el rato?

—Sí, claro.

No le perdía ojo a nada de lo que hacía. Supongo que le intimidaba tener a alguien tan cerca y sentirse tan observado y juzgado. A nadie le gusta que le miren por encima del hombro mientras trabaja. Pero, vamos, que yo tenía claro que si le iba a contratar tenía que observarle hasta el más mínimo detalle. Aunque ni siquiera tuviera muy claro qué debía buscar. Básicamente, que mantuviera las manos en la comida y que no se distrajera. Porque tenía pinta de ser de los que se distraen.

Él tenía clavados los ojos en mi bolígrafo. Yo aún no había apuntado nada.

—Esto va a tardar un tiempo —me dijo, incómodo.

—Necesito ver cómo haces las cosas —me puse firme en mi papel de examinadora.

Él volvió a su tarea de darle forma a la masa.

—Pues cuéntame algo.

—¿Qué?

—Pues eso, que me cuentes algo. Si vamos a trabajar juntos... tendré que saber algo más de ti, ¿no? No voy a tener a una mujer fichándome de arriba abajo, hasta el último centímetro, como si estuviera en un casting... y no saber quién es.

—¡Oye que yo no te estoy fichando! Esto es un proceso de selección laboral. ¡Y yo soy el departamento de recursos humanos!

Ni yo misma me lo creía. Le estaba fichando, ya lo creo. Me daba cuenta incluso sin poder verme desde fuera. Hacía mil años que la masa de lasaña había dejado de interesarme. Al final era todo el rato lo mismo: apretar la bola, darle vueltas, apretarla por el otro lado, presionar y arrastrar. Los ojos se me habían ido a otras partes.

—No pasa nada. Si te dejo que me fiches, si quieres. Es inevitable, no hay manera de pasar desapercibido... Pero cuéntame algo mientras.

Suspiré porque era absurdo seguir defendiendo mi punto. Era indefendible. Ya os he dicho que me gustaba tener una excusa para observarle así, fijamente. Evaluándole. Se me estaba notando ya mucho.

Tenía que concentrarme, pero... era muy sexy verle trabajar.

—Supongo que no tendrás una laminadora... ¿Dónde está el rodillo?

—¿Te refieres a uno de esos de madera, como los que usan las *mammás* italianas para ir detrás de los maridos?

—Esos. También sirven para amasar. Además de para dar mamporros.

—Claro.

—No tienes rodillo.

—Ni medio.

—Vale.

Cogió un papel del rollo de cocina, lo humedeció y lió la bola de masa con él. Se lavó las manos y se las llevó a la cabeza. Creo que lo hizo solo para darse el gusto de desesperarse conmigo.

—Para ser la dueña de un restaurante no parece interesarte mucho la comida...

—Ya sabes lo que dicen. En casa del herrero, cuchillo de palo.

—Está claro. Porque estos cuchillos tuyos son de cortar la plastilina.

—El que cocinaba era mi padre. Yo solo servía mesas de vez en cuando y le ayudaba con las cuentas.

Él asintió.

—Ya veo.

—Tuvo un infarto cerebral y ahora ya...

—Lo siento.

Yo me quedé callada. Noté cómo se me empezaban a llenar los ojos de lágrimas. Era algo que no quería hacer, ponerme a llorar delante de desconocidos. Me llevaba pasando ya unos días. Era raro porque no lo había hecho durante aquellos tres meses, pero ahora... la mera mención de mi padre y lo que habíamos pasado... Seguramente era por lo de los diez días. Todo se me estaba viniendo encima.

Él se secó las manos en el delantal.

—¿Tienes una botella de vino?

—¿Va... vamos a ponernos a beber ahora?

Yo ya notaba cómo se me caían las lágrimas. Maldita sea. Me estaba pasando otra vez.

—Necesito una botella vacía. Es para usarla como rodillo. Así que ya sabes lo que dicen. Bebamos hasta que no nos conozcamos.

—¡Pero si no nos conocemos! —me hizo reír. Y eso que estaba roja de llorar—. ¡Para eso no necesitamos beber!

—Bueno. Pues entonces... ¡bebamos hasta que nos conozcamos!

Le sonreí.

Era justo lo que necesitaba y él lo había adivinado.

Empezamos a beber y, para dejar la botella vacía, volcamos todo el contenido en seis copas. Tres para mí y tres para él.

Espolvoreó algo de harina sobre la encimera, extendió bien la masa y puso algo de film transparente por encima. Se puso a amasar con la botella.

Gracias al vino se me aflojó un poco la lengua. Le conté algunas cosas de mi vida en Oviedo, de cuando era pequeña. De las iglesias del prerrománico —“lo tienes que ver. De verdad que lo tienes que ver”, le decía—. Hablé de Gijón, de las playas, del paseo por las calles comerciales hasta que uno llegaba al mar. Le hablé hasta de la Reconquista, qué sé yo, de Don Pelayo, de Covadonga y del Camino de Santiago y de los amigos que había hecho con veintipico de años. De las ganas que tenía de volver. De la sidra. De *Asturias, patria querida*. De las canciones de guiris que cantábamos en el restaurante de mi padre.

Así cayó una copa. Y la segunda. Y la tercera. Por mi parte, al menos. Mientras él cortaba las rodajas de berenjena y bebía un sorbo de vez en cuando. Y luego hacía el sofrito de los ajos picados. Y otro sorbo. Y la cebolla y la salsa de tomate natural. Y todo olía maravillosamente bien.

—¿Estás siguiendo alguna receta en concreto? —le pregunté.

—En realidad estoy mezclando dos distintas. Lo llamo “lasaña dos abuelas”. La salsa de

tomate es de una... las berenjenas son de otra...

Cuando le echó la leche a la bechamel yo ya me lo había bebido todo y extendía mi mano hacia sus copas.

—Esto no te lo vas a beber. ¿Verdad?

—No, no... Ya te has pasado mucho.

—Pero, ¿no te las vas a beber?

—Las devolveremos a la botella. No hace falta acabárselo todo hoy.

Había metido la lasaña en el horno y se estaba secando las manos en el delantal.

“Pues yo creo que a veces sí es mejor acabar las cosas del todo”.

Hasta entonces le había hablado desde el otro lado de la encimera, pero la esquivé y me puse a su altura.

—Es que... creía que íbamos a beber hasta que nos conociéramos.

Me brillaban los ojos de deseo. Aunque también podía ser por efecto del alcohol. Estaba muy cerca de él. No sabía muy bien lo que decía. Me encogí de hombros:

—Y me gustaría conocerte un poco más...

Él miró la encimera. Su copa vacía. Y mis tres copas vacías.

—Me parece que ya habrá tiempo.

Entonces me retiré un poco. Estaba claro que le estaba agobiando. No sabía muy bien lo que hacía y... Aquello era muy poco profesional. Me había dejado llevar.

—Vale.

Fue lo único que acerté a decir.

Él recogió los botes de especias y caminó unos pasos para cruzar la cocina. Terminó de guardarlos en el armario del fondo, que era donde se los había encontrado. Entonces se dio la vuelta y se encontró mis labios en los suyos.

Al principio se sorprendió pero después se relajó un poco.

Le eché los brazos alrededor del cuello.

—Yo también quiero conocerte... un poco más. Pero...

Yo le buscaba la boca con avidez, pero él intentaba besarme sin urgencia. Se notaba que le gustaban las cosas bien hechas. A fuego lento.

Le busqué el borde de la camiseta y se la subí para quitársela.

Él se animó un poco más y se dejó llevar. Me subió por la cintura a la encimera. Yo sentía sus vaqueros presionándome.

—Esto, yo, mira...

Estás abrumado. No digas nada. Ya sé que es el proceso de selección más disparatado de la historia.

Con gran esfuerzo se separó un poco de mí.

—Ufff... Para, para... Que esto se está subiendo mucho y...

Yo estaba mareada de la necesidad y las ganas. Le sujeté con las piernas en un arranque posesivo. Él resopló.

—Venga, bah. Me quedo.

Me recostó sobre la encimera y empezó a besarme el cuello y a desnudarme el hombro. Yo cada vez me sentía más anestesiada. Se me habían olvidado las lágrimas y los problemas.

—Me vendrá bien, de verdad...

Él fue a poner su mano en mi pecho, pero al hacerlo le dio con el codo a una de mis copas vacías, que se tambaleó, sin llegar a volcarse. Con un tintineo que fue como una alarma.

Entonces se paró.

Retiró la mano con suavidad.

Se incorporó y se echó atrás un par de pasos.

Mierda, no tendría que haber dicho nada.

—Venga, que me voy —se recompuso, muy formal—. Mañana será otro día.

De repente había recobrado la conciencia.

Estaba resoplando por la excitación y aquello debió de costarle una barbaridad. Levantó las manos y se dio la vuelta.

—¡Que no! ¡De verdad que estoy bien! —protesté—. ¡No he bebido tanto!

—Ya. Has cruzado la cocina haciendo eses y tienes un ataque de melancolía bestial, pero... estás en plenas facultades. Está clarísimo.

Estaba tan frustrado como yo o más.

“Vuelve, joder”.

—Te aseguro... Te prometo... Yo... —prácticamente se lo supliqué.

—Tienes el horno programado. No dejes que se enfríe la lasaña porque sería una pena.

“¿Y nosotros qué? ¿De verdad vas a dejar que nos enfriemos?”

Se dirigió a la puerta y yo me coloqué la ropa, aunque él tenía prisa por marcharse y ni se despidió. Cuando ya estaba en el pasillo me asomé al umbral.

Necesitaba asegurarme de que habría una segunda cita. O una segunda prueba de cocina. O lo que fuera que estuviéramos haciendo, que yo ya no sabía ni lo que era. Solo quería volver a verle y que él lo supiera.

—Me gustaría probar tu repertorio asturiano.

Entonces él se paró en seco y retrocedió unos pasos hasta mi puerta.

—¿Qué repertorio asturiano?

—Pues el que tendrás que cocinar en el restaurante, claro. El cachopo, el pitu, el chorizo a la sidra, los callos...

Noté cómo se ponía blanco como la cal.

—Pero, ¿es que Julio no te lo había contado?

—¿El qué?

—Lo que estoy cursando en la escuela es el módulo vegetariano...

—¿Qué?

—¡Tu amigo me dijo que el restaurante era vegetariano!

—¡Asturiano! ¡No vegetariano!

—¿Qué dices?

—¡Que no son lo mismo! ¡Aunque los dos terminen por “riano”! ¡Llevo una hora hablando de Asturias! ¿Por qué te creías que era?

—¡Y yo qué sé! Me estabas hablando de cuando eras pequeña. ¡Julio dijo que se llamaba *Amigos del Naranja*! ¡El naranja es un árbol!

—*Amigos del Naranco*, hombre. ¡Del monte Naranco! ¡Jesús!

—Pues yo no sé si voy a poder cocinar esas cosas que dices, la verdad.

—Pues yo no sé si puedo tener un cocinero que no puede hacer platos asturianos... en un restaurante asturiano, como comprenderás.

—Bueno, pues nada, ya nos veremos si eso.

—Pues eso.

Se marchó al ascensor y yo di un portazo.

En aquel final habíamos puesto todo nuestro cabreo por habernos quedado con la miel en los labios.

Me tomé un par de vasos de agua fría para despejarme.

¡Qué mala suerte, leñe! Un cocinero español... y que no cocinaba la mayoría de los platos españoles. ¿Qué iba a hacer con la carta del restaurante? ¿Y qué le iba a decir a los clientes?

Logré mantenerme más o menos despierta, cabeceando en la cocina, chafada como un pisto, con todo lo que había pasado zumbándome en la cabeza... Tuve tentaciones de beberme el resto de sus copas, pero él tenía razón. Ya estaba bien. A la mañana siguiente iba a seguir teniendo problemas con el propietario del local. Eso no iba a desaparecer. Y no podía tirar el tiempo.

El horno por fin se puso a pitar y probé la lasaña.

Estaba de muerte.

Se había hecho de noche y me quedaban nueve días.



5

El contrato

En el *brunch* con Maya y Valentina no me quitaba las gafas de sol ni un minuto. Había llegado a la cafetería a las 12.30, arrastrando los pies.

—Pues yo creo que ese chico hizo muy bien. ¡A saber cómo ibas! —Valentina no solía beber más que una cerveza de arándanos de vez en cuando. Se tomaba muy en serio su preparación para la carrera de astronauta. Era una auténtica *friqui* de las normas. Si no fuera por Maya, su cabeza formaría uno con el flexo.

—¡Exacto! —dijo Maya—. El tipo fue un auténtico caballero, *mija*. Eso no se le puede negar. Se comió el palito y tiró la paletica, eso sí.

—¿Qué paletica ni qué dices? No me hables en cubano, que no te entiendo...

Yo estaba que trinaba. Me dolía la cabeza y me había quedado a dos velas. Me sentía insatisfecha, eso es. Esa es la palabra.

—La paletica es el helado, chica. Toda la tarde cocinando para luego, en el momento de festejar, tener que marcharse de la casa. ¡Tremendo hombre!

—¡Pues me hubiera venido mejor que se quedara!

—Eso es seguro —dijo Valentina—. La actividad sexual libera oxitocina, dopamina y otro buen puñado de “minas”.

—Ya salió la bióloga.

—¡Es que es verdad!

—¿Qué pensarías hoy de él... si se hubiera acostado contigo? —preguntó Maya— ¿Te fiarías de alguien así?

Yo me quedé pensando.

—Está claro que no —dijo Valentina—. Pensarías que es un aprovechado. Y tú no quieres a un aprovechado en la cocina de tu restaurante.

Me quedé callada. Para qué iba a decir nada si estas dos ya se lo sabían todo. Se daban la réplica como en un partido de tenis. Sobre lo que yo pensaba, lo que sentía, mis necesidades y mi oxitocina de las narices.

—Él se habría aprovechado perfectamente de mí y yo de él. No veo cuál es el problema.

—Ay, déjalo ya, *mija*. Mira que eres bruta a veces. El muchacho se portó. Si vas a ser su jefa más le vale ser serio. ¡Solo una boba como tú piensa lo contrario! Pasó la prueba con galones y ahora lo vas a contratar.

—Es imposible. Está descartado.

—¿Cómo? —preguntó Maya— ¿Por qué?

—¿Qué dices? —dijo Valentina.

—¿Tan mal cocinaba?

—¡Al contrario! ¡Si todo lo que hizo estaba buenísimo!

—Ay, yo ya no entiendo nada.

—Cocina vegetariano. No encaja en el restaurante.

—¿Y no puede aprender? ¿No hay *veggies* en la cocina asturiana?

—La legumbre es de origen vegetal —apuntó Valentina.

—Eso lo sé hasta yo. ¿Y qué pasa con el resto de la carta?

Yo no acababa de verlo. ¿Lograría convencerle de que experimentara con el libro de recetas de mi padre?

Era el tesoro del restaurante. Lo había reunido de joven, cuando era representante de una editorial a domicilio. Había viajado de pueblo en pueblo por toda España y, como era nuevo, la editorial le mandaba a los sitios más apartados, en valles escondidos, donde tenía que caminar bastante... La gente se apiadaba de él y le invitaba a comer en sus propias casas.

Mi padre siempre apuntaba lo que comía y preguntaba por la receta, observaba a las abuelas mientras removían los guisos... Su sueño era dejar lo de los libros y dedicarse a lo que más le gustaba: cocinar y comer. Cuando su amigo se vino para Houston y le dijo que se mudara, ya en la cincuentena, no se lo pensó dos veces.

Si al final Diego iba a quedarse y a probar el libro de recetas tendríamos que empezar aquel mismo día.

—¿Esto va a ser siempre igual?

Diego había llegado media hora tarde otra vez y yo le había esperado en la puerta, en plena calle. De brazos cruzados. Echando humo.

Él se adelantó y me dedicó una sonrisa encantadora, me dio un beso en la mejilla como si nos conociéramos de toda la vida y me dijo, simplemente, “te traigo unas maravillas” antes de pasar al interior del restaurante.

Yo no podía creerlo. Le había preparado una buena bronca. ¿Es que esperaba que bajara los brazos y lo dejara pasar? ¿Y cuando abriéramos el restaurante con un horario fijo? ¿Me iba yo a tener que poner a freír huevos a los clientes mientras él se daba vueltas por la ciudad?

—Te he dejado el contrato encima de la mesa —señalé la más próxima a la entrada—. Para que lo revises. A ver qué te parece...

Me dio la impresión de que no me estaba escuchando. Había abierto una bolsa de tela que traía y estaba desplegando sus “maravillas” en la encimera, una detrás de otra. Muchos de los productos eran de importación, ni siquiera yo sabía que podían conseguirse en Texas: fabes verdaderamente asturianas, berzas, nabos, varios tipos de setas —senderuelas y lepiotas— y hasta unos *figos miguelinos*. Me fijé en que la bolsa llevaba un logo de Austin. Eran dos horas y media de ida y lo mismo de vuelta, por la autopista de peajes. ¿Es que se había pasado allí toda la mañana?

—Pero... esto ha tenido que costar mucho dinero...

—¿Eh? Bueno, no te preocupes por eso.

Tenía que preocuparme. Odiaba ser la aguafiestas del soñador... pero alguien tenía que serlo. Las cuentas del restaurante tenían que salir. Y si le ofrecíamos al cliente unos ingredientes exclusivos, si luego no podíamos mantener el nivel... todo se vendría abajo. Diego tenía pinta de pensar que “no vayas a estropear una buena idea por un puñado de dólares”. Desde luego, no entraba en mis planes pagarle sus vicios creativos. ¡Tenía que poner en marcha un lugar para servir comidas y llenar estómagos, por amor del cielo!

—Si vamos a trabajar juntos no puedes tomar estas decisiones. Y no puedes seguir viniendo a trabajar cuando tú quieras. Y vas a tener que cocinar lo que pone en la carta y no lo que a ti te dé la gana.

Diego levantó la vista y me miró fijamente.

—Entiendo. Tú eres la jefa.

—Exactamente.

—Y yo solo un empleado.

—Eso es.

—Pero tú no tienes ni idea de cocina.

—No.

—Y ni siquiera te gusta la comida que sirves. No tenías nada parecido en tu casa.

No le pude contestar. Evidentemente, tenía razón.

—Estoy seguro de que hasta te dan asco el pulpo, los calamares y las sepias en general.

Puse los ojos como rendijas. El maldito me estaba calando.

—¿Y qué más da lo que a mí me guste comer? ¿O lo que te guste a ti? Esto es un negocio. Solo importa lo que le guste a los clientes.

—Si no confías en mí no va a funcionar. Necesitamos ingredientes de buena calidad. ¿Por qué estás tan estresada? ¿Qué tiene de malo que me haya dado una vuelta para conseguir buenas judías?

—Pues que yo te esperaba aquí a una hora. Y que mi tiempo vale dinero. Y no estoy para perderlo.

—¡El tiempo nunca es perdido, Paula! Esto era necesario. ¡No hace falta que seas... rígida como una tabla de cortar! —la golpeó con la mano abierta—. Haber aprovechado para... no sé, decorar o mirar tu móvil o leer un rato o repasar las recetas o...

—Es una falta de respeto, Diego. No te enteras. Tienes que aprender a ser puntual.

—No quiero cocinar esas cosas que hay en tu carta. Hice el módulo vegetariano porque es la comida del futuro. Hazme caso, podemos hacer una propuesta mejor...

Era una encrucijada, pero no podía ceder. Aquel tipo acababa de llegar y quería hacerse con todo. ¿Es que iba a convertirse él en mi jefe? ¿A llevar la dirección del restaurante mientras yo me limitaba a hacer sumas y restas?

—Entonces el *Amigos del Naranco* no es para ti.

Diego levantó las manos, agarró su móvil y se dirigió a la puerta. Se mordía los labios de pura frustración.

—Sé cocinar al menos la mitad de esa carta. Podría habértelo demostrado si no fueras tan orgullosa. Y haberle añadido otra mitad de platos que te habrían encantado. Pero tú eres la jefa.

—Yo soy la propietaria —me defendí.

—Y yo no estoy a la altura, eso está claro.

Se marchó y le vi cruzar la calle a través de los cristales. Se había puesto a esperar el autobús en la parada de enfrente.

Yo me quedé sola en el restaurante. Mirando con pena todos los ingredientes que Diego había traído. Las fabes tenían muy buena pinta. Seguro que las iba a estropear si intentaba yo cocinarlas.

Puse unas alcachofas en el fuego porque ya era tarde y había que hacer la cena. Quería sacudirme de encima la sensación de fracaso. ¿Por qué me sentía tan mal? Si solo había intentado dejar claras las reglas de la casa, como era mi deber. ¿Quién era aquel tipo que acababa de llegar, pero que venía a imponerse como si el restaurante fuera suyo? Yo no tenía opción y él lo sabía. Eso se llama chantaje.

Me saltó aceite en las manos nada más volcar las alcachofas. Con todo el líquido sobre la sartén hirviendo.

—¡Maldita sea!

Yo odiaba cocinar. Siempre iba con prisas, con el trabajo, los estudios, la publicidad del restaurante en las redes... Solía comer en diez minutos, de pie, mientras metía una publicación o comprobaba las reseñas de los clientes o aguantaba con una mano los folios de un documento que tenía que estudiar. He llegado a cocinar en mitad de una reunión virtual con compañeros del curso. Mientras movía frenética la sartén con la otra, para adelante y para atrás.

Siempre me quemaba con el aceite o el agua hirviendo. Apenas miraba la comida mientras la hacía porque tenía la mirada fija en el teléfono. No la removía y siempre me la encontraba pegada al fondo. No le hacía ni caso, esa es la verdad, me incomodaba tener que cocinar y la trataba con rabia, con saña, diría yo. No nos llevábamos precisamente bien.

Me puse a llorar de impotencia y entonces entró por la puerta el dueño del local. “Lo que me faltaba”.

—¿Tienes ya el contrato, Paula?

El propietario no quería a morosos en su edificio, ni presentes ni futuros. Yo había quedado en que le presentaría un plan para el restaurante esa misma semana y que iba a reabrir al final de los diez días. Y la parte más importante de ese plan era el cocinero.

—No. Pero estoy a punto.

—Mira, muchacha, eso mismo me dijiste hace un mes y medio. Que conseguirías a alguien. Ya te dije que no quería sorpresas. Te di estos últimos días para que te metieras prisa de una vez. Y aquí sigues.

Yo puse las manos juntas, suplicándole que me diera un poco más de tiempo. Le dije que estaba en ello. Que me estaba esforzando y casi lo tenía. Que iba a seguir buscando y...

—Aquí está el contrato firmado.

Diego había entrado en el restaurante y le tendía el fajo de hojas al dueño del local.

—No se preocupe, que está todo resuelto. Abriremos en ocho días, según lo previsto.

—Me alegro mucho. Eso es lo que necesitaba oír. Porque ya sabes que tengo dos ofertas más sobre la mesa.

Yo me recuperé un poco de la sorpresa. Había estado tan centrada en la discusión que no había visto a Diego cruzar la calle y entrar.

—Estamos trabajando para abrir en plazo —le aseguré.

El dueño asintió, se marchó y nos dejó a Diego y a mí frente a frente, mirándonos a los ojos.

—Solo hasta que encuentres a alguien más —me dijo.

Yo asentí y me puse muy seria.

—Está bien. Así lo haremos.

—Y no vuelvas a suplicarle a ese tipo. No lo necesitas.

Llevaba toda la intensidad en los ojos. Yo no podía olvidar que nos habíamos besado en mi casa. Que había apretado contra mí sus vaqueros. Que le había rodeado con mis piernas y había intentado retenerle con todas mis fuerzas.

Ahora que nos habíamos quedado solos, de noche, en el restaurante... noté cómo él también estaba imaginando lo que nos habíamos dejado a medias.

—He intentado hacer las alcachofas...

Él miró la sartén.

—Ya te he visto. Hasta desde el otro lado de la calle. Porque ibas como una loca.

—Ha sido un desastre.

—Vas demasiado deprisa.

—Me he quemado.

—Porque has echado todo el líquido de golpe.

—Exactamente eso.

—Dicen que la saliva tiene propiedades curativas.

Se llevó mis dedos a su boca y me subió una ola de excitación por dentro que hizo que me temblaran las piernas. Con una vibración de muchos voltios.

—También... también me he quemado los labios.

El sonrió y negó con la cabeza.

—Qué mentirosa.

—No. Si es verdad...

—Y luego yo soy el informal.

—Muy informal.

Me acerqué a él y le besé con todas mis ganas.

—¿Te he dicho ya que vas demasiado deprisa? —me dijo, suave— ¿Con todo?

—Y también que soy más estirada que una tabla de cortar.

Ahora fue él quien me besó.

Sin embargo, se paró en mitad del beso. Pareció volver en sí y se apartó otra vez.

—No estoy seguro de que debamos seguir con esto.

“Qué narices”.

—¡Hoy no he bebido nada!

—Es que no es profesional...

—¿Es porque soy tu jefa? Estás despedido, entonces.

—Y parece que... me da la impresión... de que siempre que me lo pides estás llorando —me quitó un poco de rímel que me había manchado el párpado, después de quemarme—. De que estás huyendo del dolor.

—Pues sí. Es muy posible. Déjame, ¿no? —le sujeté de la camisa y puse mi frente junto a la suya. No iba a permitir que se fuera otra vez. Que me dejara tirada con excusas. Él también me deseaba—. Deja que huya, joder. ¿Acaso hay otra manera? Sácame de aquí. Deja que huya de una vez.

Respiraba con fuerza a pocos centímetros. El deseo ya le recorría todo el cuerpo, como a mí.

—Está bien... —me sujetó las manos, con las que yo seguía agarrándole las solapas, y

me las abarcó con las suyas—. Lo haremos a tu manera, jefa. Solo por esta vez.

—¿Y cómo es a mi manera?

—Pues como lo haces todo. Con prisas. A lo bruto. Y sin consideración con nadie.



6

La revancha

Yo solo quería olvidarme de todo.

Tanteé con los dedos el mando de la persiana eléctrica, que ya estaba arreglada. Pulsé el botón para bajarla.

Él no me dejó desviar la atención. Me ladeó la barbilla y me mordió con cuidado la línea de la mandíbula. No me iba a dejar pensar. Me estaba arrastrando.

Ahora fue él quien me acercó a su boca.

—¿Cómo se siente uno, dime? Cuando lo tratan así, con prisas, con exigencias, con esa brusquedad... Estás tan acostumbrada a ir a patadas que ya ni te das cuenta de que lo que tienes delante son personas.

Me dio pequeñas dentelladas en el cuello. Me excitaba que me dijera la verdad. Las cosas que nadie se atrevía a decirme. Decidí responderle con la misma moneda.

—Tú estás acostumbrado a hacer lo que te da la gana en esa escuela. Tienes que aprender... a ser profesional. Y a cumplir.

No me había dado tiempo a decirlo cuando ya me había abierto la hebilla de mi cinturón de mariposa y me la había sacado de un tirón. Yo llevaba unos pantalones largos de lino, de verano y, simplemente, me los abrió y los dejó caer.

Entonces, para mi sorpresa, se fue hacia donde estaba el contrato de trabajo y lo agarró y me lo dio con el bolígrafo.

—Apunta.

Todavía no había logrado reponerme y adivinar lo que quería cuando me sujetó por la cintura y me subió a la encimera de aluminio.

—Ouch. ¡Está helada!

Se rió y cogió un trapo de cocina, lo extendió y me puso sobre él.

—Deja de quejarte.

Agarró una silla y arrimó el respaldo frente a mí. Yo me sentía cada vez más enfebrecida, pensando en lo que... No iría a...

—Ahora ya puedes seguir examinándome.

Estaba claro que me la tenía guardada.

Le había provocado mientras le miraba, el otro día, desde mi silla. Desde que le había estado fichando en el coche. Tenía tantas ganas como yo de desquitarse de aquello.

Me apartó la ropa interior con los dedos y enseguida noté la humedad de su boca, la calidez de su aliento. No podía verle con los folios delante, pero le sentía, me derretía al notar el empeño de sus labios.

Por supuesto, era incapaz de apuntar nada.

—¿Qué tal va... el asunto? ¿Está al gusto de la propietaria?

Aunque hubiera estado sobria y no borracha de placer no podría haber calificado nada de lo que hacía. Ni puesto comentarios ni mucho menos puntuaciones a sus dedicados besos y a su lengua decidida. Igual que había provocado mis sentidos —mi gusto, mi vista, mi olfato— con su cocina, me estaba provocando ahora y yo... solo quería desmayarme allí, en el juego de sus dedos. En las cosas que me hacía. Me sujeté como pude a la campana extractora, para tener algo a lo que agarrarme.

Intenté dejar el contrato a un lado, para poder mirarle, para acariciarle el pelo. Pero no me dejó.

—Ni se te ocurra. Tienes que ser profesional. Se supone que esto es una prueba. ¿No había que ser exigente?

¿Tan humillante había sido para él que ahora tenía que hacerme... esto? Él estaba completamente en control desde aquella posición. Yo era la que se estaba deshaciendo en una espiral en que se me iba la cabeza. ¿Cómo podía venirse tan arriba con la acción amorosa?

—Ya... Ya lo he pillado. Sé bueno. Por favor...

—Y ahora vas a ir donde pone el sueldo y vas a poner lo que yo te diga.

—¿Qué? ¡Ni de coña!

Se incorporó y estaba sofocado. Del esfuerzo, de la excitación. Me pareció que estaba más atractivo que nunca con aquella sonrisa canalla. Delicioso.

—Era una broma.

Me besó y me encantó su sabor. Ácido, salado, dulce... una mezcla de todo.

Él apenas tuvo que bajarse la cremallera y ponerse la protección y ya estaba dentro de mí, moviéndose conmigo, haciéndome caer y gemir y deshacerme en pedazos.

Sus muslos golpeaban con la tela vaquera contra el borde de aluminio. Me rodeaba la cintura y se sujetaba a mí como podía. Y yo a la campana y a los armarios y a veces a su espalda. Y no sabía ya ni dónde me agarraba ni cómo porque solo estaba pendiente del placer que nos dábamos cuando nos movíamos juntos y de lo intenso que era aquello. La potencia y la energía que desprendíamos. La deliciosa violencia de aquel encuentro. Los besos desesperados de donde nos colgábamos.

—No llegues tarde —me dijo—. No sería propio de ti.

Yo dije que no con la cabeza porque ya no podía ni hablar.

—Te estoy esperando... Sé puntual.

Me lo susurraba al oído, como una salmodia dulce, mientras yo me encendía cada vez más. Estimulándome con el mejor conocimiento que tenía de mí misma. Ayudando a mi cuerpo a asomarse a ese abismo exquisito desde donde él me llamaba.

—No puedo más... Ay, no puedo. Yo...

Él me acompañó un poco más, acompasado, despacio. Mientras yo me vaciaba del dolor, pero también de la tensión, de las preocupaciones y del cansancio. De la vida en la tierra.

Me sentía tan bien que ya ni siquiera estaba allí. Era como si me hubieran hervido en amor, evaporado en el aire.

Él siguió un poco más y huyó conmigo.

Sus abrazos tenían más sabor que cualquier cosa que pudiera cocinar.



7

Algodón de azúcar

Diego me había puesto hielo en la quemadura y me había soplado los dedos a intervalos mientras nos recuperábamos un poco de nuestro encuentro. Abrazándonos. Esperando a que nuestros cuerpos se calmaran.

Me contó algunas cosas de su familia en Teruel y de cómo había empezado a cocinar con sus abuelas. De cómo el pueblo entero se había enamorado de sus guisos y sus padres habían decidido enviarle a estudiar fuera para que “cogiera soltura” y trajera “ideas nuevas”.

Después se puso los pantalones y se puso a cocinar.

—¿De verdad vas a ponerte ahora con eso? —me reí.

—Claro, ¿por qué no? Es lo que más relaja del mundo y todo esto está muy fresco... Sería una pena que se echara a perder. Así tienes comida para mañana.

Se tomó su tiempo para preparar las judías. Las hizo a fuego lento, me gustó mirarle mientras lo hacía, sentada en una silla. Medio desnuda y cubierta con la mantelería que iba a llevar al reciclaje.

Se las apañó para utilizarlo todo de su propia cosecha: cereal y pimentón en lugar de chorizo; arroz negro en lugar de morcilla; remolacha... realmente consiguió hacer magia. El plato tenía su propio sabor. Diferente, pero también intenso, equilibrado en su propia receta.

Luego se cogió un taxi. No me quiso explicar por qué ya no tenía su coche gris que parecía una tartana.

Ese día lo pasé en mi casa, recuperándome de todo lo que había pasado.

Estuve todo el día como en una nube. Organizando cosas del restaurante, pero sin prisa. La urgencia se me había pasado y vagaba de un lado a otro del apartamento como Blancanieves cuando habla con los animales. Tal era el delirio que tenía. Al final, Diego me había pegado su peor enfermedad: la mente disoluta, la relatividad, la ensoñación. Todas las preocupaciones me traían al paio. Me sentía estupendamente, mi cuerpo me lo agradecía a cada segundo, la vida era una maravilla.

Por supuesto, nada había cambiado fuera de la sopa de hormonas en que estaba encharcado mi cerebro. El problema del restaurante, de los diez días, del dueño coñazo... todo seguía ahí. Solo que yo ya no podía verlo. Yo solo veía el sol, los árboles, los pájaros cantores... Al dueño del local le hubiera dicho: “¿pero no se da usted cuenta de lo increíble que es todo?”

Eso había hecho Diego conmigo. Me había convertido en una insensata, como él. Flotando. Imaginando. Soñando...

Lo de comer y llevar un negocio y tener un orden... ¿para qué? Solo esperaba que aquel ataque de algodón dulce se me pasara antes de arruinarme del todo.

Me tome el día libre, entero.

Por primera vez en meses.



8

La crisis del pixín

Sin comerlo ni beberlo me había puesto en la mitad del plazo.

Sin embargo, no me duró mucho el atontamiento porque el repartidor del restaurante me despertó de una bofetada.

—Aquí están los 90 kilogramos que pidió usted de pescado.

Los descargó en la entrada, tal cual. Yo todavía estaba abriendo la persiana aquella mañana, después de pasarme el día anterior en la inopia. Quería poner en orden la mantelería y la cubertería... las cosas que iba a renovar... Pero aquel tipo, con una sola frase, había desatado La Crisis del Pixín.

El pixín es un rape, que se fríe y se sirve en bocaditos. Como yo pretendía relanzar el negocio se me había ocurrido hacer unas tapas y llevarlas a las distintas oficinas de la ciudad, en los alrededores del restaurante, para atraer a sus trabajadores a comer. ¿Qué pasa? Pues que se me había olvidado completamente que lo había pedido.

—Muchas gracias. Llegan justo a tiempo —le dije al proveedor. No podía decirle, directamente, “me acaba de arruinar la vida”.

A ver cómo convencía yo a Diego de que viniera y me friera el pixín.

Le llamé al móvil. Le mandé mensajes. Le puse un audio en que le decía que tenía que venir corriendo al restaurante y olvidarse de sus escrúpulos con el tema de las carnes y los pescados. Que tenía el rape fresco en la cocina y que no iba yo a ponerme a freír los 90 kilos. Que yo no sabía rebozar. Que el pixín era fino como él solo y que tenía que quedar la parte de afuera crujiente y la de dentro jugosa.

Nada.

Ni una respuesta.

Después de intentarlo durante veinte minutos llamé a Valentina.

—Estoy absolutamente desesperada. Necesito que vengas, por favor.

Conocía a Valentina desde hacía tiempo porque era de las pocas españolas en la ciudad y su madre y ella solían venir al restaurante cuando querían comer comida patria.

—Houston, tenemos un problema.

—¡Es que tengo un examen horroroso!

—¿Cuándo es el examen?

—Dentro de un mes.

—¿Y eso es urgente? Tráete la ranchera de tu madre. ¡Y os invito a cenar la semana entera!

Val era muy exagerada con el tema de los exámenes pero, ya fuera porque le di pena o porque de verdad quería las cenas, se presentó allí con la ranchera y el asiento del copiloto lleno de libros de texto.

—Ayúdame a meter el pixín en lo frigos. Tenemos que ir a por Diego.

Logramos colocar todo el pescado y yo agarré el contrato, donde él había puesto su dirección. Eché todos los libros de Val al suelo (si la pobre pensaba que en plena Crisis del Pixín iba a poder estudiar algo iba lista). Se puso a conducir.

Mientras tanto seguí llamando a Diego. Le llamé desde mi móvil, varias veces, y cuando se me acabó la batería lo puse a recargar y empecé a llamarle desde el teléfono de Val.

No conseguí que me cogiera ni una sola vez.

Diego vivía en Gulfton, a las afueras de Houston, en uno de esos bloques de los 70 que se hicieron para estudiantes que venían a buscar trabajo en la industria del petróleo. Estaba claro que la escuela no era barata y que, mientras estudiaba, tenía muchos gastos y más bien pocos ingresos.

Más a mi favor. Así seguro que cocinaría el pixín. Estaba claro que necesitaba el trabajo.

Pero Diego no estaba en casa.

—El muchacho es un desastre —nos dijo la vecina—. Informal, no se presenta a la reunión del bloque ni cuando le toca presidencia. Se le acumulan las multas porque no se acuerda de las cosas. Tenía un coche, pero le ha vencido el seguro y ahora anda en la guagua, de allá para acá. Mírale el buzón, que siempre está repleto... El otro día hasta se dejó abierta la puerta de la casa.

Val me miró preocupada. Yo misma me hubiera mirado preocupada, de poder verme desde fuera. ¿De verdad quería meter en mi cocina a un tipo tan despistado? ¿Uno que podía dejarse el horno puesto o el aceite hirviendo? ¿O confundir un licor de menta con un jabón de fregar?

—Yo no creo que sea mala persona, claro, eso no. Pero solo le importan las cosas de comer. Siempre está con la bobería de esas bolsitas, que si de aquí o de allá, trayendo, dándonos a probar. Ay, la casa huele a pan recién hecho todo el tiempo. Se sale por el pasillo y se le pega a la moqueta. Huele mucho a pan. Todo el día. Pero que es un desastre... como el ciclón, el muchacho.

Aquello no me ayudaba. Yo no sabía dónde estaba y seguía con el pescado metido en los frigos, sin saber qué hacer.

Por un momento tuve miedo de que Diego hubiera desaparecido —¿se habría asustado a causa de lo nuestro? — o que, directamente, no fuera a cumplir con lo pactado en el contrato.

El pixín es un pescado muy delicado y no sabía cuándo iba a volver. Lo mismo hasta el décimo día no se presentaba...

Al final terminé el día malvendiendo el pescado a otro restaurante.

La desaparición de Diego ya me había costado dinero y un enorme disgusto y no estaba segura de que aquella fuera la última vez.



En el momento equivocado

Se había presentado en mi casa por la mañana y yo no tenía ningunas ganas de saber de él.
—Soy yo, Diego, ¿puedes abrirme?

Me había pasado la noche haciéndome a la idea de que no era la persona apropiada, de que para qué quería yo un empleado que me diera más problemas que soluciones y de que lo mejor era que me alejara lo antes posible. No me convenía ni en lo profesional ni en lo personal. El tipo era un desastre y yo ya tenía suficientes movidas en mi día a día.

—Tengo como quince llamadas perdidas tuyas y tres audios diciendo no se qué de un pichín —me dijo, desde el otro lado de la puerta—. ¿Qué eso del pichín? ¡Casi no se te entiende lo que dices!

—Bueno, ya da igual. No importa. Puedes irte a casa.

—¿Puedes abrirme y hablamos? ¿Como personas normales?

Le abrí la puerta de la casa y le dejé pasar.

Se me hacía raro tenerle de nuevo en mi apartamento. Junto a la cocina abierta donde nos habíamos liado. Me recordaba a todo lo que había pasado. Era tan confuso que solo quería que se fuera. Me senté en el sofá.

—¿Qué es lo que ha pasado?

—Que te necesitaba. Y que no se puede contar contigo.

—¿Por qué me tratas así? ¿Me olvido el móvil en casa un día y ya me pones una cruz?

Bien mirado era verdad. Solo había estado desconectado 24 horas. Pero habían sido cruciales. 24 horas de crisis en que me hacía falta desesperadamente un cocinero.

—No me gusta estar todo el día colgado del móvil, Paula. Es malo para la creatividad. Necesitaba darme una vuelta. Pensar. Conseguir ingredientes para la nueva carta...

—Te necesitaba y no hubo forma de encontrarte. Me hace falta alguien que sea fiable. Y tú no lo eres. No eres una persona de confianza. Tan pronto estás como...

Él retrocedió un poco. Se sintió dolido, lo noté en su cara.

Yo me sentí algo culpable. Pero era un mal precedente, todo apuntaba a que iba a fallarme más que una escopeta de feria. Tenía que pensar como empresaria y...

—No sabía que mi contrato me exigía estar todo el tiempo a tu disposición. Que no podía permitirme un despiste y un paseo en un día libre, en que ni siquiera me habías pedido que fuera a trabajar. ¿Qué es lo que quieres, Paula? ¿Un empleado... o un esclavo?

¿Qué es lo que quería? Quizás ni lo uno ni lo otro. Quizás solo alguien con quien pudiera contar en aquella ciudad extranjera y demasiado grande. Alguien en quien apoyarme. A quien pudiera llamar amigo o quizás... algo más.

Llevaba demasiado tiempo sola.

Solo nos habíamos acostado una vez. ¿Por qué iba a pensar que él podía ser algo más que un empleado? Un compañero de trabajo no es un compañero para nada más... ¿Por qué había pensado que podría contar con él? Diego no era mi amigo. No era como Val.

—Quería darte una sorpresa.

Me dejó callada.

—Quería prepararte algo especial. Que vieras de lo que soy capaz realmente. Porque hasta ahora he tenido que conformarme con una lasaña improvisada, con los restos de tu casa, y con un plato de fabes que no es precisamente lo mío. No me has dado la oportunidad de enseñarte lo que se me da verdaderamente bien.

Ahora sí que me sentía atrapada.

Entre los prejuicios, las advertencias de la vecina de Diego, la posibilidad de estar ligando mi vida a un hombre impuntual, incapaz de tener los pies en la tierra, de llevar su propia vida en orden y de dar una a derechas en la vida cotidiana... pero tierno en el fondo, considerado, respetuoso con los tiempos que necesitaban las cosas para estar bien hechas... para tener verdadero sabor.

Un talento creativo genuino. Y encima, dado a las sorpresas.

Temía no poder pensar. Tomar una mala decisión. Tener que ser siempre la madre regañona, detrás de un niño grande con demasiada magia en las manos. Dejarme la vida en marcarle los tiempos.

—Escucha, Diego. No sé. Necesito pensarlo. De verdad.

El asintió, decepcionado.

—Está bien. Si está claro.

Se dirigió a la puerta. A punto de salir sonrió un poco, cínico.

—¿Sabes? Los antiguos alumnos de la escuela ya me lo avisaron. Que me olvidara de la calidad, de los procesos lentos, eso de darle cariño a los fuegos. Que no está la vida para darle cariño a nada ni a nadie porque no hay tiempo y las cuentas no salen. Que todo eso estaba muy bien para la escuela, pero que en la vida real los clientes llegan, piden, exigen, se largan. Y que hay que atender a cuantos más mejor y con cuanto menos personal mejor. Que eso es lo que hace rentable a los restaurantes. Precongelados, fritos, cocina de batalla, vamos. Todo con prisas y con estrés, explotando al máximo los recursos, tratándolo todo a patadas. Al fin y al cabo así es el mundo, ¿no? Es como tú. Y si os haceis dueños de todo es por ser, precisamente, como sois. Los que son como yo estamos desfasados. No sobreviviremos.

—Diego, si no fuera por la gente como yo ningún proyecto saldría adelante. Siento estropear tu burbuja de platitos artísticos para colgar en museos, pero con eso no das de comer a todo el *downtown*. Y tienes razón. Si no espabilas, no sobrevivirás.

Salió al pasillo, camino del ascensor.

—¡Mi padre lo consiguió! —le dije, antes de que entrara—. Consiguió un punto medio. Un compromiso entre la calidad y las prisas. Seguro que tú también lo harás. Algún día.

Algún día mucho más allá de los diez que yo tenía para salvar al *Amigos del Naranco*.
Muchas veces la persona, el empleado, el amor... aparecen, simplemente, demasiado pronto o demasiado tarde. En el momento equivocado.

—Adiós, Paula.

Las puertas se cerraron.



10

El jardín de menta

Al día siguiente, cuando llegué a media mañana al restaurante, no pude creerme lo que me estaba esperando.

No sé a qué hora habría pedido Diego al dueño que le dejara entrar, pero debió de ser muy temprano.

Maya y Val estaban allí —estaba claro que las llamadas perdidas desde su móvil le habían servido para contactarla— y habían puesto carteles en la puerta.

De repente el lugar estaba lleno de gente. Las puertas estaban abiertas a la acera y el olor se extendía a cuatro manzanas. Olía a horno. A pan.

Las mesas estaban llenas de postres típicos: frisuelos, que eran como unos crepes muy finos —Val tenía el plato lleno. Nunca la había visto comer tanto—; un carbayón con un hojaldre que era una virguería, con varias capas crujientes que se sostenían unas sobre otras; las casadiellas, alineadas en bandejas que no dejaban de salir del horno, y parecían empanadillas rellenas de nuez o de ciruela —las que le gustaron más a Maya—; las princesitas... ¡y hasta una tarta gijonesa!

Así que aquel era el secreto mejor guardado de Diego. Resulta que era un repostero espectacular. Y había adivinado que, conquistando el estómago de mis amigas, las iba a tener de su lado para toda la vida.

La verdad es que me sorprendió tanto que no sabía como reaccionar. Por un lado me molestó un poco que Diego se metiera en el restaurante a mis espaldas, que pudiera afectar a su imagen, transformarlo en otra cosa... en lo que él quería que fuera y no en lo que había sido siempre... ¿quién era el dueño allí? Pero por otro lado había tenido una idea estupenda. Los clientes parecían encantados y lo mismo podíamos dejar de ser solo un restaurante de comidas y apuntarnos también a la moda del *brunch* y las meriendas.

No pude evitar sonreírle cuando le vi, con el delantal puesto y de harina hasta las orejas. Lo mismo no era muy bueno con el reloj, pero estaba claro que se esforzaba y que, si tenía que madrugar una barbaridad para hacer las cosas a su manera, no tenía problema.

El restaurante estaba más lleno que nunca, ¿qué más podía yo pedir?

Cuando me fijé mejor, me di cuenta de que había puesto unas hojas de menta para

coronar la tarta de Gijón.

¿Creeis en las señales? Yo empecé a creer en aquel mismo momento.

Pasamos el día de promoción, sin pixín, solo con dulces. Atendiendo a todas las personas que vinieron y que opinaron que los postres asturianos eran lo mejor de lo mejor. Abrimos las botellas de sidra y la combinación fue explosiva: los clientes salieron enamorados y dispuestos a hablar bien de nosotros a todos sus conocidos.

Cuando llegó la noche y por fin lo dejamos todo recogido estábamos derrengados.

¿Qué más podía yo pedir?, me repetí.

Se me ocurrían algunas cosas y todas tenían que ver con Diego.

Pero lo primero que debía hacer era disculparme.

—Quería hablar contigo un momento.

—Si es por el tema de los postres... o de cómo me abrió el dueño... ¿o es por cómo contacté a Valentina?

—No... No es nada de eso.

—Entonces vamos a la terraza, ¿no? Y nos llevamos un vino.

—Vale.

La terraza del restaurante aún no estaba lista. La temporada de verano estaba a punto de empezar, pero aún faltaba barrerla bien. Eso sí, las betónicas habían crecido bastante y los racimos de flores rojas se elevaban hasta por encima de nuestras cabezas. El jardín entero olía a menta.

—A mi padre le encanta este jardín. Siempre cogía unas hojas de menta y las ponía para acompañar las sopas, las ensaladas, los postres... Les daba su toque personal.

Diego se dio cuenta de por qué yo me había conmovido con la tarta. Él había hecho lo mismo.

—El jardín huele demasiado bien como para ignorarlo. Lo primero que hace un cocinero es ir al jardín a ver si hay plantas aromáticas.

—Ya pero, es que... —me estaba emocionando otra vez.

—Lo seguiremos haciendo, Paula. Parece que no van a acabarse pronto —sonrió.

Yo también sonreí. Seguía sintiéndome muy culpable, pero no sabía ni cómo empezar.

—Ya...

Siempre había escuchado que lo de las señales es un síntoma de estar enamorado. Que una parte de tu mente empieza a entrenarse para verlas y consigue desechar todas las percepciones que no tengan que ver con la persona de la que estás enamorada. Al seleccionar la realidad que dejas pasar y la que desechas, empiezas a elegir solo aquello que conecta con el hombre que has elegido. Ves su nombre en los carteles de las zapaterías, su color favorito en tu armario, las películas que le gustan en los carteles de la calle... No es que el mundo se haya transformado de un día para otro y se haya convertido en su escaparate. Es que, inconscientemente, toda tú lo estás buscando. Te estás alineando con él... para formar un “nosotros”.

A mí nunca me había pasado. Me lo habían contado nada más. Era una especie de magia. “Magia biológica”, que me diría Val.

Le di un sorbo a la copa.

—¿Entonces?

Me miró con intensidad.

Allí, con la media luz que venía del interior, me parecía que el cocinero colega y disperso se quedaba muy atrás y volvía a salir el hombre que sabía enfocar su deseo. Hacer una oferta. Reclamar algo a cambio.

Él tampoco había olvidado todo lo que me había hecho en aquella cocina. El contrato que nos unía, pero que también se interponía entre nosotros. La huida conjunta que habíamos emprendido.

—Tienes razón. Mi vida es un desastre —dijo de repente—. Me llevan cayendo broncas desde que era un crío. Se me olvidan las cosas o bien no las pillo. Y eso parece que no va a cambiar nunca.

“Es como si no estuvieras hecho para este mundo de prisas, Diego”.

—Eres un desastre porque para hacer lo que haces y cómo lo haces... necesitas que sea un desastre. Todo es a costa de algo. Pones tu tiempo y tu foco al 100% en la cocina y por eso descuidas lo demás. Está claro que es lo más importante para ti. Por eso se te da tan bien.

—Tampoco quiero que eso acabe conmigo, ¿sabes?

—Ya.

—Me gustaría que también hubiera otras cosas... importantes para mí.

Se me acercó un poco más.

Yo notaba el calor de la noche de junio recorriéndome el cuerpo. Me poseía el recuerdo de las buenas sensaciones. El punto de vino me arrojaba a sus labios.

Yo también quería que él fuera importante para mí. Tener un compañero y no estar sola.

Quería enamorarme de él, con todas mis fuerzas.

Nos besamos levemente y entonces recordé su desaparición repentina al día siguiente de acostarnos y el dolor y la frustración que había sentido.

Me separé un poco.

Ahora entendía que no había sido solo por el tema de la crisis, por el pescado o por el restaurante.

Era, también, porque habíamos estado juntos y para mí había sido tan maravilloso e increíble e inesperado... Tanto tiempo esperando a que apareciera alguien... Me había sentido tan increíble al día siguiente y había pensado tanto en él... que me había dolido que él desapareciera.

Temía que para él no hubiera supuesto nada. Un encuentro cualquiera, una excepción con la jefa. Un momento candente. Un favor porque “la pobre chica, ya ves, está hecha polvo, le vendrá bien”. Temía no haberle dejado ninguna huella y ser la única que se había pasado el día entero delirando de amor como una tonta. Temía volverme insignificante. Esa chica de la que uno no se acuerda al día siguiente.

Todos esos miedos los tenía porque ya me lo habían hecho antes. De hecho todos los chicos con los que me había acostado, que tampoco fueron muchos, me lo habían hecho. Ni uno solo se había quedado más allá de una semana.

Pero el caso es que Diego había ido a prepararme una sorpresa.

No se había marchado. Seguía allí.

—¿Qué te pasa?

—Nada. Es solo que... me pasé un poco contigo ayer. No tendría que haberle hecho caso a la cotilla de tu vecina. Ella no entiende que tú eres... bueno, un virtuoso de la harina y de la mantequilla y del azúcar.

—Bueno, yo no diría tanto.

—Que hoy hemos cogido entre todas como un kilo y medio. Vas a acabar con la dieta que...

No me dejó acabar porque no podía más. Me besó con intensidad y me calló todas las tonterías. Sus labios me buscaban con ganas. Su lengua se me ofreció y yo le correspondí.

—Vamos a tomarnos el día libre —me dijo.

—¿Un día entero? ¿A dos días de abrir?

—Exacto. Porque cuando hay tensión la gente lo nota, Paula. Dejas de ser amable, vas a toda leche, no puedes tratar con los clientes como se merecen. Eso se tiene que notar. Y llevamos mucho pasado estos días. Vente conmigo y deja que me encargue.

Me daba cosa tomarme un día entero, estando tan cerca de la apertura. Había aún mil detalles por atar, pero... lo mismo tenía razón. Quizás lo más importante era el trato a las personas. La sonrisa sincera. Y los detalles ya vendrían.

—¿Conoces el *slow sex*?

—¿El qué?

—Déjame a mí y olvídate de todo.



11 Ser valiente

Nos fuimos a pasar el día juntos a la playa.

Un día solo para nosotros, de descanso absoluto, de disfrutar del sonido del mar. No sé ni cuántas veces hicimos el amor.

Lo hacíamos, nos quedábamos dormidos, luego nos despertábamos. Charlábamos, nos reíamos. Volvíamos a acumular el deseo y después... otra vez. Y nos comíamos unas uvas, unas manzanas, unos bocados de lo que pillábamos... nos abrazábamos desnudos y yo sentía que allí era donde siempre había querido llegar.

Nos dimos un paseo por la orilla, nos tomamos algo en una terraza junto a las olas.

Aquello era más dulce que todos los platos que a Diego se le pudieran ocurrir.

Me sentía tan ligera, tan relajada y feliz que ni siquiera notaba la ropa pegada al cuerpo. Mientras caminábamos descalzos por la arena me puse un vestido vaporoso que sentía flotar a mi alrededor.

Ya se me había olvidado lo que era aquello. El no hacer nada, las vacaciones.

Llevar un restaurante, y más estudiando es... no tener ni un fin de semana, trabajar en festivo, que es cuando viene más gente. Hacer las cuentas en el “día de descanso”, que no lo es nunca.

¿Qué es lo que quería yo en mi vida? ¿Mi propio negocio? ¿Siete días a la semana de curro? ¿Tenía yo ese espíritu creativo de mi padre? ¿Esa pasión enorme que le llevaba a darlo absolutamente todo? ¿Era el *Amigos del Naranco* realmente mi proyecto o más bien...?

El día 9, cuando volvimos al restaurante, el dueño me dijo algo que en realidad no esperaba.

—He decidido darle el local a la inmobiliaria. Me ofrecen más dinero y no tendré que lidiar con los olores, las inspecciones de Sanidad... esas cosas. Lo siento, Paula, pero con lo del otro día me di cuenta de que lo del restaurante...

—No, no, de eso nada. ¡Ni de coña! —le soltó Diego— ¡Usted es un auténtico sinvergüenza!

¿Cómo puede decir eso? Se supone que era amigo del padre de Paula y, ¿ni siquiera la avisa? ¡Le ha dado todo lo que ha pedido! Le pidió un contrato de personal y se lo ha dado. ¡Y ya vio cómo estaba a rebosar el local! ¡El pago del alquiler está asegurado!

—Diego, déjalo...

—¿Cómo lo voy a dejar? ¡Si esto es denunciabile, seguro!

—Es que ya no sé... No sé si quiero esto.

—¿Por qué? ¿Qué dices, Paula? ¿Qué pasa con...?

—Y tampoco sé si es lo mejor para ti.

El dueño del local tenía cosas que hacer y dijo que lo hablaríamos, antes de marcharse.

—He visto lo que es el restaurante por dentro, el día a día, y yo creo... que podemos hacer algo mejor. Tú vas a terminar ya tus estudios. Podemos volver a España y...

—Pero, ¿y tú qué? Si parecía que te iba la vida en este sitio... En el *Amigos del Naranco*...

—Quizás me estaba agarrando a él por no cambiar las cosas, por continuar la lucha de mi padre... Pero esta es su vida, no la mía. Él se dejó mucho en ello, pero tuvo su momento, lo disfrutó... Y no es necesario que yo lo siga manteniendo de por vida.

A veces nos echamos encima cosas que no nos corresponden. Por nostalgia y por pena, por miedo ante lo desconocido. Por inercia. Diego me había dado un enorme regalo: perspectiva. Ya no me sentía tan obligada. Cargar con el sueño de mi padre ya no era mi responsabilidad.

A veces el destino, simplemente, nos pone las cosas fáciles.

Solo hay que ser valiente para reconocerlo.



12

Asturias, patria querida

El último día nos despedimos de Houston y del *Naranco*. No hicimos grandes fiestas ni nos pasamos el tiempo cocinando, quisimos aprovecharlo todo con la gente que queríamos.

Fue algo entre amigos. Unas sidras, un poco de música, el *Asturias, patria querida...* Como en los viejos tiempos.

Maya y Val me abroncaron por tener que volver a la cantina del Johnson, pero su felicidad por verme de la mano de Diego compensó el disgusto. Me prometieron que vendrían a Oviedo a visitar el obrador.

La idea es esa. Tener algo que se adapte mejor a los talentos de Diego. Donde pueda madregar y dedicar tiempo a hacer las cosas bien, como a él le gusta. No a estar sometido al estrés de lo que un cliente pueda pedir en cada momento, que es algo que no va con él. Hacer algo que le permita ser feliz. Estoy segura de que será el mejor repostero de toda la ciudad. A mi padre le va a encantar.

Yo, por mi parte, me ocuparé de la gestión. Al fin y al cabo es lo que se me da bien, no importa si se trata de un restaurante, un horno de pan, una casa... o lo que haga falta ;).

Al llegar a Oviedo tenía una llamada de Valentina:

—¡Estoy dentro del programa! ¡Lo conseguí!

Estaba segura de que iría al espacio... orgullo de amiga. Dice Maya que su compañero de entrenamiento, el tal Matt, está "requetebueno".

Lo mejor es que mis días ya nunca están faltos de sabor, de dulce o de relax.

Cada vez que pongo el turbo tengo a Diego que me sube a la playa de Gijón, me obliga a huir de mi vida, me quita los mandos y los tira a la basura y me dice eso que tanto me gusta:

“Déjame a mí y olvídate de todo”.

FIN



13

Lasaña dos abuelas: por Diego Lahoz

Para 4 personas:

- Berenjena 1
- Brócoli 1
- Champiñones 12
- Zanahoria 2
- Espinaca fresca 75 g
- Pasta para lasaña
- Salsa bechamel
- Salsa de tomate
- Queso Parmesano

En la parte inferior suelo poner los champiñones salteados, hasta que estén dorados, con las espinacas. En la intermedia troceo las zanahorias y el brócoli y los suelo cocer al vapor hasta que están listos (5 minutos para las primeras y dos para el segundo). Y, finalmente, en la parte superior de la lasaña es donde pongo la cebolla (cortada muy fina) y la berenjena en dados y cocida (5 minutos). Los salteo en sartén hasta dorarlas y luego lo añado todo.

El tomate casero lo tenía ya reservado de antes y cubro con él la parte inferior de la bandeja donde voy a montar la lasaña. Pongo las láminas (que también tengo hechas de antes) y un poco de bechamel (¡hay que tener todo esto preparado! Y si hay que madrugar, se madruga... No se puede hacer con prisas).

Monto el primer piso (el de champiñones y espinacas). Vuelvo a poner láminas. Luego el siguiente (zanahorias y brócoli), más bechamel y más láminas. Último piso (cebolla y berenjena) y luego el top: láminas, bechamel, tomate y queso parmesano.

30 minutillos a 180° y listo... ¡ya lo tienes!

En hacer toda la receta vas a tardar más o menos 1 hora. Pídele al chico o a la chica que te gusta que te cuente su vida mientras. ¡Y no dejes que se emborrache mientras lo haga!

PRÓXIMAMENTE

¿Te ha gustado *Diez días de sabor*? Te agradecería mucho que la puntuaras en Amazon... ¡Así ayudarás a otros lectores y lectoras a descubrirla!

Y si te animas a mencionarme en redes sociales entrarás en el sorteo de 10 packs de regalo de mi próxima novela

Diez días de ingravidez

Mira las bases en el [blog de claraestival.com](http://blog.de.claraestival.com)

Espero poder verte pronto en:

Instagram: [@claraestival](https://www.instagram.com/claraestival)

Facebook: [@claraestival](https://www.facebook.com/claraestival)

Twitter: [@claraestival10](https://twitter.com/claraestival10)

Deseando compartir contigo más historias <3



¿Quieres conocer a Valentina y Matt?

Diez días de ingravidez

¡El 14 de julio en tu librería!

Clara Estival

Diez días
de
ingravidez



esencia